

Reseñas

Torre, Carlos Antonio, Hugo Rodríguez Vecchini y William Burgos, eds. *The Commuter Nation: Perspectives on Puerto Rican Migration*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994. Pp. 401

Jorge Duany

*Departamento de Sociología y Antropología
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

El término inglés *commuter* no tiene una buena traducción al español. Conmutador aparece en el diccionario, pero en Puerto Rico no se utiliza comúnmente en el sentido de viajero abonado. En el lenguaje técnico, conmutador es un aparato electrónico para cambiar de corriente. El acto de conmutar también resulta ambiguo y polivalente: en matemáticas, significa obtener el mismo resultado aunque se altere el orden de los factores; en derecho, quiere decir cambiar de sentencia. En su uso más pertinente para esta reseña, conmutar es cambiar una cosa por otra, en este caso de residencia. En inglés, conmutar es viajar regularmente en ambas direcciones, como lo hacen diariamente los residentes de los suburbios que trabajan en un centro urbano. Un *commuter flight* se refiere a un vuelo comercial de corta distancia, como la famosa guagua aérea entre San Juan y Nueva York, acuñada por Luis Rafael Sánchez.

¿Cómo traducir, entonces, el título de este libro? Nación transeúnte, viajante, ambulante, flotante o permutante: ninguno de estos adjetivos capta el sentido completo del original. Todos estos términos sugieren (incorrectamente) que los puertorriqueños carecen de residencia fija y que los que emigran a los Estados Unidos son sólo viajeros temporales, cuando ya hay más de tres generaciones de *nuyoricans* establecidas permanentemente en el continente y en la Isla. Queda, pues, consignada desde un principio la intraducibilidad del título y su referente concreto pero escurridizo.

The Commuter Nation es un volumen colectivo multidisciplinario basado en una conferencia sobre la diáspora puertorriqueña, celebrada en la Universidad de Yale en 1985. Consta de 14 ensayos, un prólogo y un epílogo, escritos por distinguidos investigadores de las ciencias sociales y las humanidades. La mayoría de los autores son académicos puertorriqueños residentes en los Estados Unidos, por lo que muchos de ellos han participado personalmente en la diáspora. En conjunto, el libro pone énfasis en el movimiento bidireccional, pendular, de personas entre Puerto Rico y los Estados Unidos. En este sentido, los que conmutan o circulan son los puertorriqueños que se van al continente y regresan a la Isla. El ensayo del politólogo Juan Manuel García Passalacqua propone la idea central del volumen: la nación puertorriqueña como un pueblo transeúnte, fronterizo, dividido en dos territorios. (Este concepto está bien resumido en el título del reciente libro de Juan Flores, *Divided Borders*.) Aunque algunos autores señalan las consecuencias negativas del flujo circular de migrantes, la mayor parte insiste en sus aspectos positivos, tales como la solidaridad intergeneracional, el bilingüismo y la creatividad cultural en ambas orillas.

El crítico literario Hugo Rodríguez Vecchini elabora el marco teórico principal del libro en su largo ensayo sobre la circulación de puertorriqueños entre dos países, culturas y lenguas distintas. Según Rodríguez Vecchini, el libre movimiento de puertorriqueños hacia el norte desde la imposición de la ciudadanía norteamericana en 1917 es "una característica estructural de la realidad social puertorriqueña" (p. 40) que "ha transformado geográfica y sociológicamente el referente histórico de la 'nación puertorriqueña'" (p. 42). La reciente imagen de la guagua aérea de Sánchez ha desplazado otros discursos ideológicos sobre la nacionalidad, como el jibarismo de Alonso, el insularismo de Pedreira, el puente interamericano de Muñoz Marín y el país de cuatro pisos de González. El acceso ilimitado a territorio norteamericano es un rasgo esencial de la diáspora boricua que la distingue de otras comunidades latinas en los Estados Unidos, como la mexicana, la cubana y la dominicana. Como apunta Rodríguez Vecchini, la diáspora boricua rebasa las connotaciones convencionales del concepto de migración para incluir otros referentes, como la mudanza, la visita, el viaje y la circulación (p. 53). Todo ello implica que la nación puertorriqueña está en tránsito continuo entre su lugar de origen y destino, sin asentarse definitivamente en ninguno de los dos.

Los ensayos reunidos en *The Commuter Nation* demuestran que la misma noción de cultura puertorriqueña está en proceso de redefinición. Más allá del lugar de nacimiento o la residencia actual de una persona, la nacionalidad se refiere aquí a su sentido de origen e identidad cultural. En las últimas décadas, Nueva York se ha con-

vertido en una extensión simbólica de Puerto Rico, mediante la reapropiación popular de íconos culturales (tales como el lenguaje, la música y la cocina) y la creación de espacios transnacionales como las famosas casitas del Bronx. Como argumenta el crítico literario Efraín Barradas, el discurso nacionalista tradicionalmente ha excluido a los migrantes puertorriqueños de su definición de la nación, por razones geográficas, lingüísticas y culturales. Este discurso está cargado de un esencialismo ideológico que asume la nación como una entidad inmutable, homogénea y sagrada, y no como una construcción histórica y social, como una comunidad imaginada por sus miembros como una red de camaradería horizontal (para usar los términos de Benedict Anderson). En este contexto, la metáfora de la guagua aérea resulta más apropiada para captar la realidad actual de la cultura puertorriqueña escindida en un espacio flotante entre dos islas, Puerto Rico y Manhattan.

En su usual estilo polémico, García Passalacqua coincide con Rodríguez Vecchini al insistir que la puertorriqueñidad es cuestión de origen, no de residencia; y en el carácter transeúnte del pueblo puertorriqueño debido a la libertad de viajar a los Estados Unidos. Según García Passalacqua, "la circulación de personas actualmente forma parte integrante del movimiento de capital, mercancías y otros valores; constituye un tráfico duradero entre colonia y metrópoli" (p. 109). Desde su punto de vista, el carácter transitorio de la migración puertorriqueña está determinado principalmente por los cambios en la estructura del mercado laboral en Puerto Rico y los Estados Unidos. Esta perspectiva estructuralista es compartida ampliamente por los autores del libro, especialmente por los sociólogos Frank Bonilla y Alice Colón-Warren, el economista James Dietz y la politóloga Margarita Ostolaza. Algunos autores se suscriben explícitamente a alguna variante del materialismo histórico para explicar los flujos migratorios. No obstante, el libro despliega una variedad de paradigmas ideológicos que van desde el liberalismo y el nacionalismo hasta el feminismo y el posmodernismo.

Metodológicamente, los ensayos también muestran una diversidad de estrategias de análisis, desde la crítica de textos literarios hasta las estadísticas socioeconómicas del censo, pasando por las letras de las canciones de salsa. La variedad de acercamientos refleja la formación intelectual de los autores en distintas disciplinas, incluyendo la sociología, la economía, las ciencias políticas, la psicología, la crítica literaria, la pedagogía y la musicología. Lamentablemente, no están representadas dos disciplinas fundamentales —la historia y la antropología— que le hubieran dado al libro mayor profundidad temporal y cultural. Por ejemplo, habría sido útil analizar la formación de la comunidad puertorriqueña en Nueva York

antes de la Segunda Guerra Mundial (como lo ha hecho Virginia Sánchez Korrol en su libro); o describir los valores y las prácticas cotidianas de los habitantes de los barrios boricuas en Manhattan, el Bronx y Brooklyn. Una perspectiva historiográfica y etnográfica puede matizar aspectos poco estudiados de la migración circular entre Puerto Rico y los Estados Unidos.

Entre los estudios realizados por los autores de *The Commuter Nation* se destaca el de Lloyd Rogler por su diseño longitudinal y el trabajo de campo basado en entrevistas intensivas. Como psicólogo social, Rogler analiza las experiencias personales de dos generaciones de migrantes puertorriqueños en Nueva York, mientras que el psiquiatra Ian Canino plantea los efectos psicológicos negativos de la migración sobre los niños puertorriqueños. Los datos del Censo de 1980 utilizados por varios sociólogos (como Bonilla y Colón-Warren) están un poco avejentados a causa de la demora exagerada en la edición del libro. Pilar Beléndez documenta algunos de los problemas educativos de los migrantes de retorno a Puerto Rico a base de encuestas y estadísticas oficiales del gobierno. Barradas y Eliana Ortega escudriñan los textos literarios de Bernardo Vega y Sandra María Esteves para demostrar la creación de una cultura híbrida entre los puertorriqueños en los Estados Unidos. Por su parte, Isabelle Leymarie analiza el fenómeno de la salsa para concluir que la migración puertorriqueña ha fomentado una música vibrante.

Los principales hallazgos del libro sólo pueden resumirse esquemáticamente. Para empezar, los flujos migratorios entre Puerto Rico y los Estados Unidos desafían las teorías dominantes en las ciencias sociales. Varios autores cuestionan los modelos conceptuales que subrayan la sobrepoblación como la causa primordial del éxodo o predicen la asimilación cultural de los migrantes en la segunda o tercera generación. Como argumenta Dietz, "los grandes flujos migratorios de Puerto Rico sólo pueden entenderse como un fracaso del modelo de desarrollo industrial de Manos a la Obra" (p. 161). Este modelo de desarrollo económico, basado en la importación de capital y la exportación de mano de obra ("manos que sobran", en el juego de palabras de Bonilla), se estancó durante la década de 1970. La reanudación de la emigración en masa ha sido el resultado lógico de un proceso de industrialización orientado hacia la manufactura intensiva en capital y tecnología, que no genera suficientes empleos para una creciente fuerza laboral. El economista Carlos Santiago sostiene que las tasas de emigración puertorriqueña incluso podrían aumentar en el futuro cercano si sigue deteriorándose la economía insular.

Mientras tanto, la posición socioeconómica de los puertorriqueños en Nueva York ha empeorado rápidamente en las últimas dos décadas. Como apuntan Bonilla, Rogler y Colón-Warren, el proce-

so de reestructuración industrial de la ciudad ha perjudicado desproporcionadamente a los trabajadores puertorriqueños, particularmente a las mujeres. La pérdida masiva de empleos manufactureros de poca calificación (como las costureras en la industria de la aguja, una de las bases tradicionales del trabajo femenino puertorriqueño) ha propiciado un éxodo hacia otras comunidades de los Estados Unidos y Puerto Rico. La ampliación de los circuitos migratorios de los puertorriqueños es un tema que aún queda por investigar a fondo. En la actualidad, muchos puertorriqueños regresan a la Isla o se mudan al sur y el oeste de los Estados Unidos (como la Florida, California y Texas) en busca de mejores oportunidades de empleo. Al mismo tiempo, miles de puertorriqueños emprenden el viaje desde la Isla motivados por una mejor calidad de vida. Y aún otros llegan de otras partes del Caribe, mayormente desde la República Dominicana y Cuba, diversificando aún más la población de Puerto Rico.

El planteamiento más innovador del libro es que la migración hacia los Estados Unidos ha redefinido los términos geográficos, lingüísticos y culturales del debate sobre la identidad nacional en Puerto Rico. El carácter bidireccional de los flujos migratorios, evidente por lo menos desde los años sesenta, ha creado enclaves *nuyoricans* en ambos territorios. Así han surgido verdaderos espacios transnacionales como "La Loisaída", el barrio puertorriqueño en el Lower East Side de Manhattan, o Levittown, en Toa Baja, donde reside una alta proporción de migrantes de retorno. Aquí o allá, es cada vez más difícil distinguir los elementos culturales de origen puertorriqueño o norteamericano. La identidad nacional puertorriqueña subsiste en ambas orillas del Atlántico, pero de una forma novedosa, desplazándose hacia los bordes porosos de una región fronteriza, híbrida, donde predomina el bilingüismo y el biculturalismo. La circulación de boricuas no es sólo laboral, sino cultural, según se expresa en la música, la literatura, las artes visuales y otras manifestaciones populares como la comida y la religión. Lo que circula no es sólo la mano de obra y el capital, sino también los discursos ideológicos, las mentalidades colectivas y los símbolos culturales de la puertorriqueñidad.

El libro contiene algunas limitaciones menores. La edición del volumen en inglés (aparentemente una estrategia de mercadeo) dificulta su acceso a la población estudiantil en Puerto Rico y lo separa lingüísticamente de la producción intelectual de la Isla, publicada mayormente en español. Aunque el volumen probablemente encontrará un nicho en el mercado angloparlante en los Estados Unidos, su inserción en el debate nacional local será precaria. Para los académicos, la yuxtaposición de distintos enfoques teóricos y metodológicos en un solo volumen le añade mayor riqueza; pero la

falta de uniformidad temática puede resultar problemática para propósitos pedagógicos. Por fuerza, el libro no profundiza en muchos asuntos históricos, culturales, económicos, políticos o psicológicos, lo que obstaculiza su uso como texto en cursos especializados en esas áreas. Peor aún, la tardanza de casi diez años en la publicación ha hecho obsoletas muchas de las cuestiones coyunturales planteadas en el libro, como las referencias al plebiscito sobre el *status* político de Puerto Rico. Incluso, la ya voluminosa bibliografía sobre la migración puertorriqueña debe actualizarse con varios trabajos puntales publicados a principios de los años noventa.

No obstante, *The Commuter Nation* hace una aportación crucial a la comprensión de un problema clave, poco estudiado en Puerto Rico: las implicaciones sociales, culturales y políticas de la circulación poblacional entre la Isla y el continente. El libro adelanta decisivamente la agenda de investigación social sobre este tema, aunque no la agota totalmente. Por este medio, los editores dan a conocer los resultados de varias investigaciones empíricas realizadas en los Estados Unidos, hasta ahora poco conocidas en la Isla, como las de Bonilla, Colón-Warren, Rogler y Leymarie. Los ensayos teóricos de Rodríguez Vecchini, García Passalacqua y Carlos Antonio Torre elaboran un concepto útil para captar el vaivén de puertorriqueños entre ambos países (*La nación en vaivén* pudiera muy bien ser una traducción no literal del título). La insistencia en los elementos culturales y psicológicos de la diáspora es bienvenida en un campo de estudios dominado por crudas estadísticas demográficas y económicas, así como la noción de la migración como una experiencia liberadora para muchas personas, como señala el coeditor William Burgos. Por último, *The Commuter Nation* hace una contribución importante a los estudios de la migración al proponer una visión de los migrantes como sujetos culturales activos y creativos, más que como víctimas pasivas de los procesos históricos. Los que migran, circulan o conmutan son nuestros hermanos, primos, amigos, vecinos, conocidos y compañeros de trabajo—gente con nombre y apellido que se resiste a las casillas tradicionales de las ciencias sociales.